

1990

Morada de la voz

Miguel Angel Zapata

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti>

Citas recomendadas

Zapata, Miguel Angel (Primavera 1990) "Morada de la voz," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 31, Article 18.

Available at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss31/18>

This Creación is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in Inti: Revista de literatura hispánica by an authorized editor of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact elizabeth.tietjen@providence.edu.

MIGUEL ANGEL ZAPATA

MORADA DE LA VOZ

A Pepe Durand

1

El sol alumbra la ciudad y el cielo cae a lo lejos con las cometas de los niños. Es cuando salgo a caminar por las calles y me pierdo entre los inmensos árboles de Woodland. Me protejo con un pequeño paraguas de las briznas del otoño, y llevo chaqueta azul y zapatillas de tenis. Estas brisas te pueden hacer escribir poemas que reproduces en la pantalla de tu mente, y aparecen y desaparecen en una o dos cuerdas como espejismos verdes. Por eso trato de entender la caligrafía de las hojas regadas por los suelos, la placidez de los robles que vigilan las casas y dan sombra a los viandantes que en los días de sol salen a vivir al aire libre. Pero todos huímos cuando el sol no tiene conmiseración de nadie e incendia todas las calles durante los veranos que son de fuego por estar muy lejos de las tibias aguas del Pacífico.

2

Salgo a caminar diariamente por estas anchas calles para olvidarme de todo y de nada, sólo para sentir el sol otoñal sobre la piel, este solcito que no lastima los sueños ni los poemas que no hemos de comenzar nunca. Así piensas los poemas que se te presentan en fila por los aires, los ves ya contruídos en el papel sin ninguna coma como edificios llenos de ventanales, y toda la gente mirando desde el vacío su altura y su andamiaje sin poder entender la arquitectura, los ladrillos, los adobes lentos que levantaron el poema. Caminas para volar y sentirte solo en un país desconocido donde el idioma sacude sus

ramas en el otoño, para que puedas leer sus hojas amarillas por el tiempo. Para que entiendas que las temporadas son sabias mensajeras del poema, y que tu vieja ciudad no tenía otoño ni te fue propicio escribir ya que las palabras se entrecortaron y la emoción se perdió entre la niebla espesa y sus abismos, entre los malecones donde creciste amando el idioma que escondía su luz.

3

Hoy sales a ser ave. Toda la tarde has estado leyendo poemas de Teodoro Roethke, maquinando el pensamiento que deseas escribir sobre sus vuelos, los poemas que quisieras escribir como él para satisfacerte, colmarte con la benigna y sana envidia, ahora que esta delgada tranquilidad te fascina y puedes leer las hojas de la calle, limpiar tu jardín y prender el fuego de la casa, reír con las niñas y ser el rinoceronte feliz, rey de toda la jungla. Por eso sales a caminar cada día para que los árboles comprendan tu silencio, el ocio que da frutos en este continuo movimiento, dando saltos ágiles contra el viento que mece al mundo, imaginando la dulzura del amor bajo los ficus, comiendo una manzana en cada interludio de besos.

4

Salgo alado a sobrevolar la ciudad. Eres el pájaro chismoso que otea las tiendas y los parasoles de los bares, los bosques de gente agolpándose ante la novedad del día. Desde arriba brillan los edificios, una fosa verde se siente al amanecer, en todos los polos crecen las ramas enormes recubriendo el paisaje. Entonces piensas en los elevados pinos de Tahoe y la apacible sensualidad de Albinoni que tanto te hacía llorar de alegría, y puedes ver nuevamente a los venados desfilando con sus cornamentas en alto, todos bajo el cielo todopoderoso, todos pisando las hojas amarillas del sol, el sol que es tu sol, con todos los árboles empeñados, empecinados en darnos consuelo eterno.

5

¿Cómo cerrar el día sin haber escrito una letra? ¿Cómo retirarse a dormir si la pluma de ave reclama su vuelo cuando todos duermen? Sólo basta oír el aire que silba para borrar el ritmo de lo narrado, dejar salir al alma y el espíritu a recoger los lirios, las huellas de las sombras que cubren la visión del gallo en la madrugada, bailar en el Oráculo y ser esclavo de tus propios hechizos, pez henchido que sale a flote una y otra vez cuando el sol alumbra la ciudad, y sales en busca de la respuesta que te aprisiona y que encuentras en la calle, cuando estas lluvias precipitadas te muestran la morada de la voz.